

DÍAS DE INCOMUNICACIÓN

Iker Moreno Ibañez

Lunes, 17 de enero de 2011:

Como otras muchas veces, me fui a casa de mi prima a cenar (villava) para compartir los cotilleos de las últimas semanas y echar unas risas. A causa de la mudanza de casa (me fui de Burlata a Uharte a vivir con unas amigas), y aprovechando que tenía el pijama en la mochila, me quedé a dormir en su casa (Villava, casa de mi prima).

Martes, 18 de enero de 2011:

Los fuertes golpes en la puerta y el ruido intermitente del timbre me despertaron pronto. Mi prima fue la que se levantó a abrir la puerta. “¡Iker Moreno! ¿Dónde está Iker Moreno? Gritaban una y otra vez. Con el pijama puesto y descalzo me acerqué a la puerta. En cuanto aparecí tres o cuatro Guardias Civiles me apuntaron con sus pistolas mientras otros me gritaban que me tumbara en el suelo. Me colocaron las esposas y me preguntaron a ver si había alguien más en casa. Yo les dije que sí, que dos amigas de mi prima vivían con ella. Como no tenían orden para registrar su casa tuvieron que entrar con mi prima para mirar que no había nadie más. Luego nos metieron de uno en uno primero a mi prima y luego a mí. Ella cogió ropa para ella y para sus amigas (puesto que en las escaleras hacía frío) y a mí me quitaron los grilletes por dos minutos, para que me vistiera y para coger mis pertenencias. Para entonces la secretaria judicial ya estaba con nosotros. Me leyeron mis derechos y me comunicaron que iban a empezar con los registros. Me dieron la orden de detención. No recuerdo bien que eran esos papeles, solo me acuerdo que las palabras ETA-EKIN estaban en mayúscula y en negrita. Cuando intenté hablar con mi prima me dijeron que estaba incomunicado y que no podía hablar con ella. Con la ayuda de miradas y sonrisas me dio a entender que estaría tranquilo y me bajaron los seis pisos por las escaleras para luego meterme en un Patrol de la Guardia Civil. El jefe de ellos me cogió las llaves y me dijo que nos dirigiáramos a la casa de Burlata, preguntándome a ver con qué llave se habría la puerta. Sobre las 3:30 abrieron la puerta de casa de mis padres y me ordenaron que gritara sus nombres. Yo entrelace palabras de calma. Mi ama, mi aita y mi hermano salieron al hall y la Guardia Civil los sacó a la fuerza a las escaleras, a mi hermano descalzo. Sin nuestro consentimiento y sin ninguna orden entraron a casa dos o tres Guardias Civiles. Mi aita se quejó: “podéis dejar cualquier cosa” y diciéndoles que no tenían nuestro permiso. La Guardia Civil no le hizo ni caso; solamente le respondió que sí que tenían derecho a hacer aquello. Estuvieron unos cinco minutos solos en casa, mientras nosotros escuchábamos ruidos de puertas de armarios. Entonces llegó la secretaria judicial a la casa de Burlata. Metieron de uno en uno a mi ama, a mi aita y a mi hermano para que se vistieran y cogieran un abrigo para mí. Tenían que precintar la casa, dejando a mi familia en la calle a las 4:00 de la mañana. A mí, me llevaron a registrar la casa de Huarte, sin dejarme poner el abrigo.

Llegamos sobre las 4:00 a Uharte (se confundieron de camino y dieron una grandísima vuelta). A Uharte había ido dos semanas antes a vivir, con dos amigas. Hicieron la misma operación que en Burlata. Le enseñé cuáles eran las llaves, me preguntó a ver con cuál se abría y una vez abierta me pidió que gritara los nombres de mis dos compañeras de piso. Salieron con unas impresionantes caras de susto y miedo. Las sacaron a las escaleras y procedieron con el registro del piso cuando llegó la secretaria judicial. Registraron todos los cuartos: armarios, cajones, ropas, libros (página por página), cajas (estábamos haciendo la mudanza), camas y colchones... no tenían ningún tipo de limitación. Violaron nuestra intimidad de arriba abajo y hacían comentarios. Estuvieron unas dos horas y se llevaron el dinero de una compañera, el pendrive y el disco duro del ordenador de la otra, un par de camisetas “sospechosas”, un vaso de plástico del “Esteribarko gazte eguna” y unos treinta CDs de música. La secretaria judicial me enseñó el acta del registro, yo, antes de firmarlo le pedí que sumara una cosa más: que escribiera que no iba a declarar en dependencias policiales. Cuando hizo eso firmé el acta junto con los otros dos Guardias Civiles.

Tengo que comentar que durante todo el registro no me dieron ni de comer ni de beber y que estuve todo el registro de pie con las esposas puestas (en el culo). Después de firmar el acta y sin poder despedirme de mis compañeras (y sin ponerme el abrigo) me bajaron a la calle. Un Guardia Civil me empujó del portal al patrol, pero en ese pequeño trayecto los primeros gritos me enorgullecieron y me fortalecieron.

Hacia las 6:00 me llevaron a la casa que tienen mis padres en Burlata. Por un lado los alrededores del portal estaban llenos de patrols y de Guardias Civiles, pero por otro de amigos y de conocidos. Me subieron a casa en un suspiro. Cuando llegaron mi aita y la secretaria judicial le quitaron el precinto a la casa (como hicieron la primera vez que llegaron, grabaron todo con cámara, en muchas ocasiones acosándonos tanto a mí como a mi familia). Y como hicieron en Huarte registraron todos los cuartos. En el cuarto mío y de mi

hermano es donde más tiempo estuvieron (más de una hora). Camas, colchones, fotos, armarios, cajones (por todos los lados), apuntes del instituto y la universidad, ropas, libros, cajas... los Guardias Civiles que hacían el registro iban vestidos de calle pero con pasamontañas. La mayoría no entendían euskera y todos los apuntes que estaban en euskera se los daban a la mujer joven que entendía. Ella todos los "documentos sospechosos" (apuntes de la época de universidad) los agujereaba y los ataba con una brida. Las camisetas y pegatinas (mi hermano hacia colección) las examinaron con detenimiento. Se llevaron también varias camisetas del viaje de estudios (por el simple hecho de que el instituto donde estudié se llama Askatasuna), también las del euskera o las de autodeterminación. Al ordenador le quitaron el disco duro y junto con otros muchos CDs (más de 50 casi seguro) se lo llevaron. Mi aita tenía recogidos diferentes documentos de la historia de la Izquierda Abertzale: ponencias de los congresos de HASI, programas de HB, documentos de ETA... se llevaron todos ellos aunque la mayoría serían anteriores a mi nacimiento o de mi niñez. Al finalizar el registro la secretaria me pidió que firmara y yo de nuevo le dije que añadiera que no iba a declarar en dependencias policiales. Ella me dijo que no era necesario y lo puso a mala gana. Yo y los responsables del registro (la chica que entendía euskera y el jefe) firmamos y el aita le pidió que añadiera otro párrafo más: que la mayoría de documentos que se habían llevado eran suyos. El aita también firmó el acta. Después me bajaron a la calle. (Tengo que añadir, que en casa me dejaron mear y beber agua pero que no me dieron de comer). Cuando me bajaban por las escaleras (puesto que tenían el ascensor bloqueado), utilizando los grilletes me retorcieron las muñecas causándome daño y me dijeron "ni se te ocurra gritar ninguna chorradita o te parto las muñecas". Aunque me metieron rápidamente en el patrol, me tuvieron allí un buen rato porque en el patrol que tenía que ir delante nuestra no había nadie. Eran alrededor de las 8:30 y en la calle mayor muchos conocidos, familiares y amigos estaban gritando. No pude esconder la sonrisa y todos esos gestos de cariño me mojaron los ojos. Mientras estábamos parados los Guardias Civiles que estaban conmigo me demostraron que conocían mi vida. Señalaban a mi ama, a mi aita, a mi hermano y mis amigos mientras me daban sus nombres e información sobre ellos, pero también amenazas (que dentro de poco los detendrían, que también se los llevarían, que qué famoso era, que a ver si era un importante gudari...). Mi aita bajó a la calle y protagonizó la escena que los días siguientes llenaría portadas de periódicos y pantallas de televisión. Cuando salió el patrol de delante nuestra me llevaron a Atarrabia, puesto que trabajaba en la oficina que Topagunea (federación de asociaciones de euskera) tiene en Navarra. Registraron el citado local, también la asociación de euskera Karrikaluze. De las dos oficinas se llevaron cinco discos duros, un par de teléfonos móviles y los datos personales de los y las participantes de los programas Mintzakide e 3blai. Cada vez que se abrían las puertas de la oficina oía gritos de solidaridad que me llenaron de fuerza.

Hacia las 11:00 de la mañana me llevaron a la Audiencia Provincial de Navarra. Cuando me metieron por los calabozos pude ver a un amigo que estaba preso. Me subieron arriba y me cogieron las huellas dactilares (me cogieron de toda la mano, y de los costados), prueba de ADN y fotos, sin darme opción a negarme. Luego me llevaron al médico forense pero a esa hora no debía de estar allí. Me tuvieron esperando esposado a la espalda. Gracias a que dos amigas de mis padres se me acercaron (trabajan en la Audiencia), me dieron agua, me tranquilizaron, me dieron ánimos (aunque los Guardias Civiles les decían que estaba incomunicado) y hasta un emotivo abrazo. Cuando llegó el médico, me quitaron las esposas y me metieron a su consulta. Me realizó un examen rápido y anotó las marcas provocadas por los grilletes. Me hizo unas preguntas para saber si el trato era correcto. Yo le dije que hasta entonces el trato había sido bueno. Me preguntó si anteriormente había tenido alguna enfermedad grave. Yo le expliqué que tenía alguna alergia y que había sufrido cuatro neumotórax. También que mis abuelos habían tenido diferentes cánceres y que habían tenido ictus. Me midió las pulsaciones del corazón (tenía muchas) y me tomó la tensión. Cuando terminé, me sacaron al pasillo y una amiga de mis padres me dio agua y la otra le dijo a la Guardia Civil "tratadlo como se merece". El Guardia Civil se rió.

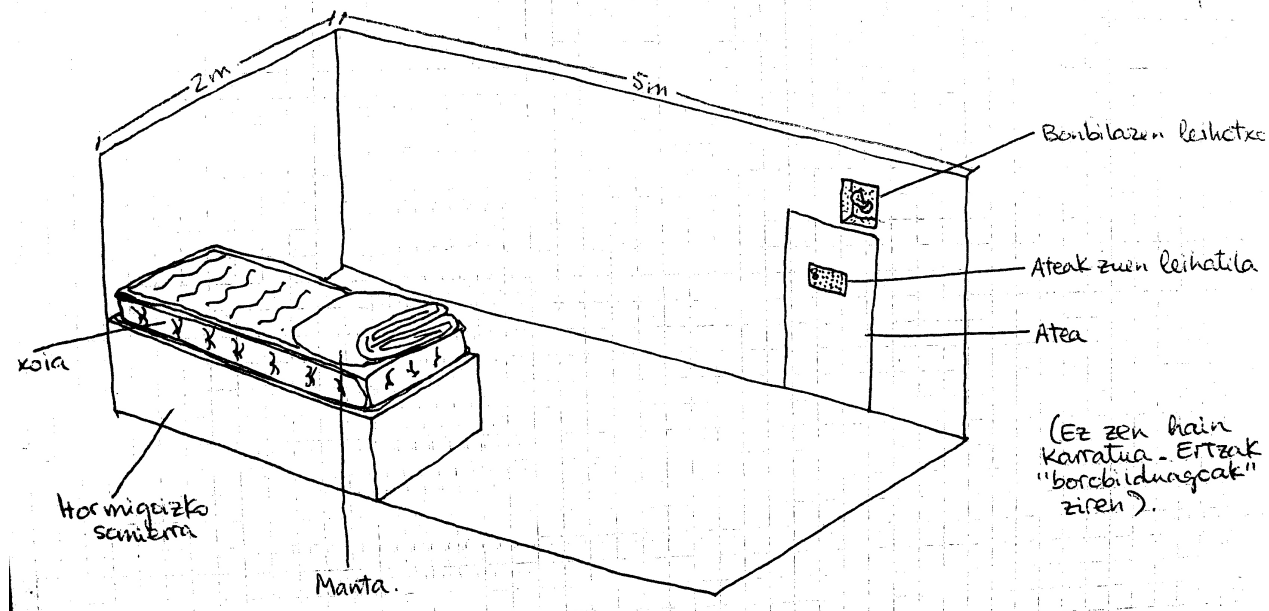
Sobre las 12:00 bajamos al parking de la Audiencia, me quitaron las esposas, me pusieron una cuerda blanca y azul ("para que estés más cómodo") y me pusieron el antifaz. Me pidieron que para salir de Iruñea me tumbara en el asiento trasero. En el Patrol íbamos cuatro: el conductor (que casi no hablaba), el copiloto (el que luego sería el "poli malo") y atrás, el que fue a mi lado (que luego sería "el poli bueno"). Me tumbé como me dijeron, porque al ser un Patrol normal (no era de esos verdes que tiene la Guardia Civil) pensé que la gente se podría asustar. Cuando estaba tumbado empezó el interrogatorio con preguntas de mi vida diaria: en qué trabajaba, por qué era independentista...

Yo respondí sus preguntas. Cuando llevábamos media hora "me dejaron" sentarme. Aún y todo tenía que llevar la cabeza agachada y no podía "apoyarla" en el asiento delantero. El interrogatorio empezó en relación con la "euskalgintza" en Nafarroa y de ahí lo intentaron llevar a la violencia. Como no salían de mi boca las respuestas que ellos querían empezaron a pegarme. Mi respuesta fue quedarme mudo. Dentro de mi cabeza respondía las preguntas y de vez en cuando me decía a mí mismo "eres un trapo", "eres un muñeco de trapo".

El viaje fue largo. Casi interminable. A ratos el "poli-malo" (el que iba delante) se sentaba detrás. En esos momentos, teniendo a los dos guardias civiles a mí lado (el "bueno" y el "malo") me sentaban en la parte trasera de la caja de cambios y me llevaban totalmente encogido, mientras los dos guardias civiles me clavaban sus codos en la espalda. Como era dantzari, era flexible y al principio no iba tan incómodo. Pero el camino era largo y no sabía dónde estábamos (lleve el antifaz puesto todo el camino y también los grillates). Encima me decían frases para desorientarme, cuando estábamos a punto de llegar a Madrid me dieron a entender que estaba en Gasteiz: "estamos llegando a Siberia", "porque es así como llamáis a Vitoria, ¿no?". Pase más de medio camino endolorido y con medio cuerpo dormido (sufría unos calambres dolorosos). Intercalaban posturas incómodas: tumbado y hecho una bola (con los pies en el suelo), sentado y con la cabeza entre las piernas, sentado pero sin apoyar la espalda y con la cabeza agachada... pero en todas, sin ponerme el cinturón de seguridad y con constantes acelerones y frenazos "como tengamos un accidente vas a comerte el coche de delante"... Yo viendo que el trato era malo me "creí" que era un muñeco de trapo y no abrí la boca en todo el viaje. Sólo paramos para que el "poli-malo" se cambiara de sitio (creo que también aprovecharon para echar gasolina) y en todo el viaje no me dieron ni de comer ni de beber. A parte de las posturas incómodas, los golpes fueron cada vez a más, "¿no vas a hablar eh, mudito?, ya verás como cuando te pillen nuestros compañeros les cuentas todo... te van a tratar como te mereces, como ha dicho la amiga esa de tu madre en la Audiencia (Provincial de Navarra), te van a tratar como te mereces" me decían. De vez en cuando me nombraban a compañeros suyos muertos en atentados de ETA. Aún tengo en la cabeza la voz del que en el viaje fue el "poli-malo" y estoy seguro de que la podría reconocer (tiene la voz muy parecida a la de un amigo).

Pensé que a Madrid llegamos sobre las cinco de la tarde, hasta entonces (desde las diez de la noche del día anterior) no comí nada.

Con los ojos tapados (con otro antifaz) y sin saber qué hora era, (desorientado espacial y temporalmente) me metieron en una celda de 5x2 metros. Me quitaron el antifaz y me cortaron la cuerda que me agarraba las muñecas. La celda era oscura, húmeda y fría. Tenía una puerta pequeña, y la puerta, a la altura de los ojos tenía una ventanilla que se cerraba y se abría. Encima de la puerta había una bombilla la cual se encendía y se apagaba de fuera. La bombilla estaba metida en algo parecido a una ventana y de vez en cuando, en vez de encender la bombilla abrían la ventanilla (para que me entrara menos luz). En el zulo aquel, en una esquina había una "cama": un cubo de hormigón que tendría más o menos un metro de alto, y encima un colchón en muy malas condiciones. También había una manta. El calabozo tenía esta forma:



Cuando me cerraron la puerta lo primero que sentí fue tranquilidad. Sabía que las horas que tenía por delante serían largas y duras. Me eche en la "cama" y empecé a llorar. Enseguida me quedé dormido.

Cuando me desperté no sabía qué hora era. Me abrieron la ventanilla de la puerta y me dijeron que me pondría mirando a la pared. Me puse las zapatillas (en el camino a Madrid me habían quitado los cordones y cuando lo hicieron pensé que me los pondrían en el cuello y me ahogarían) y me puse mirando a la pared. Me pusieron un antifaz y me condujeron a ciegas por un "laberinto" de pasillos. Subí unas escaleras. Me pararon en una esquina y supe que por mi lado bajaban a otro. Aun así no abrí la boca por el miedo. Subí otras escaleras y me quitaron el antifaz. Me obligaron a hacer todo el camino con la cabeza agachada. Me

metieron en un cuarto pequeño y largo. Allí, un hombre con una bufanda me dijo que era el médico forense y me enseñó su carnet. Era un cuarto muy simple y lo único que tenía en común con una consulta de médico era la “camilla” que el médico utilizó como mesa.

Desde el primer momento el médico tenía un tono de voz suave, cercana y agradable. Me ayudó a tranquilizar las tensiones que había acumulado hasta el momento. No sé si sería por el aspecto débil que tenía pero me ayudó a orientarme (me dijo que eran las 20:00 de la tarde). Me preguntó por el trato recibido y le conté lo del viaje. Me preguntó también si me habían dado de comer y de beber. Yo le dije que desde la noche anterior no había comido nada. Él me dijo que me darían de cenar dentro de poco, me preguntó a ver si quería que me hiciera un análisis general y le dije que no, porque hasta entonces no me habían dado ningún golpe fuerte (como para hacerme alguna marca). El médico pegó unos golpes en la puerta y con la cabeza agachada y las manos detrás me llevaron a las escaleras, allí me pusieron el antifaz y me llevaron hasta el zulo.

Sobre las 20,30 me metieron en la celda, allí tenía la “cena”: todo abierto, la botella sin tapón y un bocadillo de jamón seco envuelto en papel. Como estaba a oscuras no podía ver lo que estaba comiendo pero por el sabor y la textura pensé que era jamón york. En un primer momento pensé en no comer nada, por el miedo a que me drogaran; pero llevaba todo el día sin comer nada y antes de estar con el médico me costaba distinguir entre los sueños y la realidad. Era una sensación rara, seguramente por el cansancio y el hambre; una mezcla entre estar despierto y dormido. Me vinieron imágenes raras a la cabeza (reptiles y figuras de papiroflexia), no podía pensar claramente. Para hacerle frente a esa situación y pensando que tenía cuatro duros días por delante decidí comer. Aunque me pareció sospechoso que la botella estuviera abierta, bebí.

A las 21:00 o así intenté dormir. Me vinieron las sonrisas de mi ama, de mi aita y de mi hermano a la cabeza y empecé otra vez a llorar, hasta que me quedé dormido. El sueño no fue profundo, pero descansé. Oía pasos y también voces, y cuando se acercaban las pulsaciones del corazón se me aceleraban. Estaba aterrorizado.

Sobre las 22:30 (esta hora no la puedo asegurar pero este es el planing que me hice en mi cabeza para la organización del tiempo) abrieron la ventanilla de la puerta y me dijeron que me pusiera de pie contra la pared. Me pusieron el antifaz y me sacaron de espaldas (me pidieron que mantuviera la manos atrás). Me llevaron ciegamente por pasillos cortos y con muchas curvas. Por los nervios no sentía ni frío ni calor. Me pareció que me ponían contra una pared. Al cabo de un minuto oí que se cerraba la puerta.

“vamos a empezar por algo sencillo... ¿Cómo te llamas?”. Yo enfadado por los malos tratos que había sufrido, me quede callado. Le repetí una y otra vez a mi cabeza “eres un trapo”. Empezaron una y otra vez con tono tranquilo: “¿Qué no sabes cómo te llamas?” “Venga, dínos cómo te llamas”... al ver que estaba callado (oí como doblaban unos papeles y me pareció que los ataban con precinto) me empezaron a pegar golpes en la cabeza. Me pareció que era un rollo de periódico. Los primeros golpes no me hacían mucho daño (pensé que sería para no dejar marcas) pero para el veintavo golpe empecé a sentir presión dentro de la cabeza. Entre preguntas tranquilas dos guardia civiles me empezaron a gritar (en total habría 5 o 6) “¡¿Qué cómo te llamas?!”.

A los cinco minutos de empezar con los golpes dos guardia civiles me agarraron de los brazos y me empezaron a hablar a la oreja: “ya sabes que esto no lo aguanta nadie...” “que tarde o temprano hablarás...” y parecidos...

Mientras, agachándome y levantándome, me obligaron a hacer sentadillas. Al principio, por miedo, empecé a hacerlas (siendo dantzari, no era mucho esfuerzo) me gritaban “¡Dínos cómo te llamas!”. Cuando hice más de cien sentadillas (a ratos me daban golpes en la cabeza) oí como estrujaban unas bolsas de plástico. Estaba sofocado por el ejercicio físico, y sólo pensar que me pondrían la bolsa en la cabeza me asustó todavía más. Estaba sudando y de repente, deje de hacer sentadillas y me preguntaron tranquilamente otra vez “venga Iker, ya sabemos cómo te llamas; pero queremos que nos lo digas tú”. Yo seguí callado. Entonces me empezaron a dar pequeños golpes en los testículos con el periódico que me pegaban en la cabeza. No eran golpes fuertes como para dejarme marcas pero eran lo suficiente para que me dieran calambres en el estómago, y me dejaron las tripas muy revueltas.

Como seguía callado, me hicieron hacer más sentadillas, y cuando empecé a respirar más rápido por el cansancio, me pusieron una bolsa en la cabeza y me tuvieron sin poder respirar hasta que casi me ahogaba. Cerca de dos horas duró aquel primer interrogatorio, mezclaron golpes en la cabeza y testículos, sentadillas (más de 150), intentos de ahogamiento poniéndome la bolsa en la cabeza (en esa primera sesión me la pusieron siete u ocho veces) y mientras tanto me amenazaron y presionaron psicológicamente: que al final hablaría, que muchos como yo habían salido locos de allí, que conocían a mi familia y amigos,

que mi hermano estaba detenido, que mi ama estaba ingresada... Me hicieron creer que tenían mi vida bajo control (describiéndome la profesora de la autoescuela, diciéndome que violarían con mucho gusto a mis dos compañeras de piso, diciéndome que mi madre había estado con depresiones la última temporada, insultando obscenamente a las chicas de mi cuadrilla...). Casi cuando no me mantenía tieso, me dijeron que me darían 10 minutos para pensar y me llevaron a la celda a rastras.

En la ciega me quitaron el antifaz (me tuvieron todo el interrogatorio con el antifaz puesto) y me tumbé en la cama. Estaba sudando, y al entrar en la fría celda, me enrollé con la manta y me tumbé en la cama. Al cabo de dos minutos entraron en la celda, y me ordenaron que me quitara las dos camisetas que tenía. Yo así lo hice. En ese momento pensé que sería para que cuando pasara ante el juez tuviera algo limpio, puesto que el jersey y el pantalón los tenía llenos de un polvo blanco, pero no era por eso; fue para que sintiera más frío.

Hacia las 00:30, me tumbé en la cama para intentar dormir mientras lloraba (de nuevo, se me vinieron a la cabeza recuerdos de mi ama, mi aita y mi hermano). Pedí permiso para ir al baño a beber agua y me lo dieron.

Miércoles, 19 de enero de 2011:

Casi sin dormir, y a las dos de la madrugada otra vez vinieron a por mí. Aunque tuviera el cuerpo sudado y mojado, y pese a sentir un gran frío, cuando me levantaron y me pusieron el antifaz, el miedo sustituyó todas las demás sensaciones. Tenía las piernas cansadas, casi no podía ni andar. Cuando me llevaron al cuarto de tortura, reconocí el olor y las voces que unas horas antes habían estado conmigo. "¿Te lo vas a pensar mejor esta vez?" "yo que tu hablaría" "no vas a aguantar, mudito" "si hablas te ahorrarás sufrimiento..." me decían. Cuando llegué al cuarto estaban las mismas personas que antes habían estado conmigo; las mismas voces y olores. El olor lo podría reconocer fácil aún.

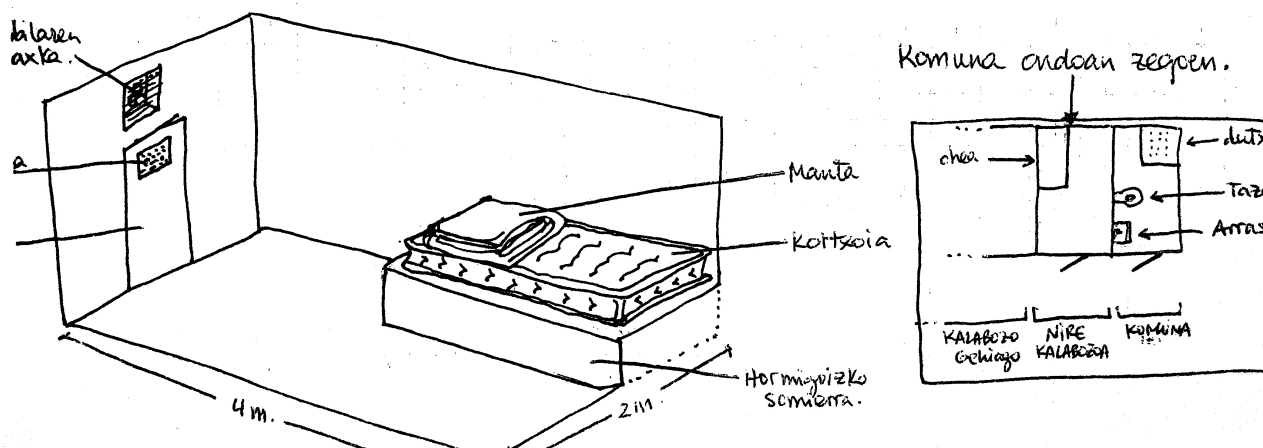
El segundo interrogatorio lo empezaron a gritos. Gracias a que yo siempre he rechazado todo tipo de autoritarismo, y me situé por encima de todas aquellas voces casi cómicas que eran incapaces de razonar. Cuando aquellas voces gritaban, más que miedo me daban gracia y una y otra vez le repetía a mi cabeza "eres un trapo" y me mantuve en silencio. Fue parecido al primer interrogatorio. Solamente un poco más duro. Tenía el cuerpo cansado y se me hizo imposible hacer sentadillas (no creo que hubiera llegado a hacer 100). Las tuve que hacer con ayuda de ellos. En esta segunda sesión me hicieron hacer sentadillas con la bolsa en la cabeza y sin poder coger aire. Cuando me ponían la bolsa yo me movía más. Dentro de la bolsa se mezclaban mocos, sudor y saliva ("eres un puto cerdo" me gritaban), a causa de eso, el aire no entraba. En muchos momentos la bolsa se me pegaba en el paladar y también en la campanilla. Cuando entraba un poco de aire, me tapaban con las manos las fosas nasales y la boca (por encima de la bolsa). En esta segunda sesión me pusieron la bolsa 4 o 5 veces, pero cada vez fue más dura. Por hacer las sentadillas con la bolsa puesta, por el cansancio, noté una tremenda presión en la cabeza; estaba mareado. Logré romper una bolsa y aprovechándolo me vaciaron una botella de agua en la cabeza, mojándome la única ropa que tenía (la sudadera). Cuando se me metía la bolsa en la boca y no tenía aire, me daban ganas de vomitar. Ellos me amenazaban cuando me daban arcadas "como vomites, te lo comes" el que yo no hablara les puso nerviosos y las amenazas de sentadillas e insultos aumentaron; pero como he dicho antes, su tono de voz me ayudó. Como me movía, y como me había quitado el cinturón, los pantalones se me bajaban solos. Uno de ellos me pidió que me los bajara por completo. Pero yo no me moví. Uno de ellos me los bajó y me dijo que iba a por un "nuevo amigo". Entonces me acordé de los electrodos y me asusté, pero cuando llegó a los dos minutos, me pasaron un consolador por entre las nalgas, diciéndome que traerían a un compañero que me violaría a gusto. Después de las amenazas de violación, me pusieron la bolsa otras dos veces, en estas últimas me caí al suelo (ellos me agarraron). Con la lengua intenté que la bolsa no se me pegara en el paladar. "mira como saca la lengüita..." se reían. En esta segunda sesión me pidieron que cuando quisiera hablar pegase tres golpes con la pierna izquierda en el suelo. Yo sin poder respirar, empecé a ver una luz "blanca" (teniendo los ojos cerrados, empecé a ver blancura por los costados) y pegué en el suelo. Aún y todo en esta segunda sesión no dije ni una palabra. Ellos, me preguntaba y gritaban a ver si de pequeño me había entrenado mi aita. Los gritos eran como para enloquecerte, parecía que los guardias civiles estaban locos, "cómo me gusta que te agaches" (hacer sentadillas), "mi amigo te va a reventar el culo", "vas a salir tocado (loco)", "a ti te ha entrenado tu padre", "¿Te ponía la bolsa de pequeño?"...

Al ver que seguía callado, me llevaron al calabozo y me dijeron que me dejarían pensar. Me tumbé en la cama (eran las 4 de la mañana más o menos) pero enseguida, me ordenaron que me pusiera de pie y mirando a la pared. Tan asustado estaba que les hice caso y estuve alrededor de hora y media de pie. De vez en cuando miraban por la ventanilla de la puerta. Las piernas las tenía muy doloridas (el cuerpo también pero sobre todo las piernas), no me daba tiempo a echarme en la cama y cuando oía pasos levantarme, por

lo tanto estuve de pie esa hora y media. Eso aún me cansó más. De nuevo, no podía pensar, tenía la cabeza bloqueada y se me acumulaban imágenes de dinosaurios y papiroflexia. Es muy parecido a soñar cuando estás despierto. Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, una mujer guardia civil, me apagó la luz del zulo (cuando me hicieron ponerme de pie, me la encendieron) me dijo que me podía tumbar. Cuando estaba de pie, intenté contar el tiempo que llevaba y lo que me faltaba (supe que me podían alargar cinco días la incomunicación cuando detuvieron a mi aita un año atrás). Sólo llevaba un día, encima medio día había sido bastante tranquilo (registro), y ya estaba hecho polvo. Teniendo esos cálculos dándome vueltas en la cabeza, me quedé dormido. Como la única ropa que tenía estaba mojada, estaba temblando de frío. Me despertaron los ruidos de las puertas de las celdas de al lado. Intenté contar cuantas personas estaríamos. En mi cabeza pensé que éramos cinco. Nos trajeron el desayuno: bocata de jamón. Pensé que era un desayuno raro y empecé a poner en duda si sería el desayuno. Pensé que sería otra pista falsa más para desorientarme. Decidí comer (tenía la sensación de estar muy débil). Abrir la boca me costó una eternidad. Tenía todos los músculos de alrededor de la boca endoloridos. Sería por las sesiones de la bolsa. Encima tenía el lado izquierdo del labio superior inflamado; parecido a una morrera (he tenido dos o tres en toda mi vida) y pensé que se me habría agrandado a causa de la bolsa. Aún costándome mucho, me comí el bocata de jamón.

Después me pusieron el antifaz y me sacaron otra vez. Estaba asustado, empecé a subir unas escaleras y al ver que me llevaban a otro cuarto pensé a ver que técnica nueva probarían y me asusté. De repente me quitaron el antifaz y como iba medio cojo y con muy mala imagen, me dijeron que me pusiera recto. Me llevaron a donde el médico forense. Era la misma consulta que antes. Me preguntó por el trato y le conté todo lo que me habían hecho. Me hizo un examen general y me dijo que tenía el labio hinchado y que tenía unas marcas en la espalda (yo hasta entonces no me había fijado) y creo que también escribió que estaba cansado. Me dijo que era miércoles a la mañana y le pregunté la hora (eran las 11 de la mañana).

De allí me llevaron al calabozo, pero cogieron todas mis cosas (una botella de agua y una manta) y me cambiaron de celda. Era muy parecida a la otra, de largura un poco más pequeña y organizada de otra manera.



A las 12 de la mañana, me pusieron el antifaz y otra vez me sacaron, aunque hasta entonces me habían sacado por otra puerta, al cambiarme de calabozo, me sacaron por una que estaba al lado de los baños. De esa puerta a la derecha a través de un laberinto de pasillos me llevaron a la sala de tortura.

El tercer interrogatorio fue el más duro de todos. Los guardias civiles eran otros. Aunque se repetían un par de voces, todas las demás eran nuevas. Me acuerdo que a uno de ellos le llamaban "trancas".

El camino hasta allá me hicieron hacerlo corriendo a ciegas, intensificando mi debilidad y desorientación. La sesión también la empezaron rápida y duramente. Me pusieron la bolsa en la cabeza y cuando me subió el vómito a la garganta y se me fueron las fuerzas, me la quitaron. "Con nosotros vas a hablar", "lo de antes ha sido una tontería comparado con lo que te vamos a hacer", "ni se te ocurra vomitar", "aguanta, aguanta un poco más".

En las sesiones anteriores, cuando la bolsa me empezaba a ahogar me la quitaban. En esta tercera sesión sin embargo, cuando me movía como un animal al que habían atrapado, se reían y me tenían unos minutos más: "éste puede más", "venga, no hagas teatro"...

La presión que tenía en la cabeza, pensé que me mataría. En algunos momentos pensaba: "ojalá se les vaya de las manos y me maten..." prefería estar muerto a estar allí.

Toda la sesión tuve la bolsa bajada hasta la nariz, y me la bajaron hasta el cuello hasta casi perder el conocimiento unas diez o doce veces. Me agarraban entre seis personas o así: dos de los brazos, dos de las piernas, uno de la cintura y uno o dos soltaban y estrujaban la bolsa. En algunos momentos uno se me tiraba encima de la cara para que no pudiera coger aire. Otras veces me hacían hacer sentadillas con la bolsa en la cabeza. Yo desde el principio me negué a hacerlas (puesto que no tenía fuerzas) pero me las hicieron hacer dándome golpes detrás de las rodillas y clavándome los dedos en la garganta y en la nariz. Para hacer éstos dos de ellos me tenían que agarrar de los brazos puesto que no tenía fuerza suficiente para mantener el equilibrio. Como en la sesión anterior, la bolsa se me pegaba al paladar y dentro de la bolsa se mezclaban saliva, mocos y sudor. Los golpes en la cabeza se endurecieron e intensificaron y cuando sentí el vómito en la garganta y cuando estaba a punto de perder el conocimiento, empecé a hablar: “¿Qué queréis que diga?” “Yo lo digo pero por favor dejadme respirar”. Intentaba inventarme lo que yo creía que ellos querían que dijese y me esforzaba en decirlo. Me tenían totalmente condicionado y en aquella situación diría y haría lo que ellos quisieran. Cuando no sabía algo (principalmente nombres...) me ponían la bolsa en la cabeza y me daban pistas: “es una chica...” “una chica rubia...” “su apellido empieza por Com...”.

Cuando tenía la bolsa en la cabeza, me daban golpes en el pecho y en el diafragma, para que fuese más notable la falta de aire. Cuando me quitaban la bolsa (con éstos también tenía que dar dos golpes en el suelo cuando quería hablar) repetía lo que ellos querían (a veces me hacían dar más de tres golpes: seis, nueve...). Me tenían totalmente machacado, (me tuvieron que sentar en una silla e incluso tenía dificultades para estar sentado), me dijeron que querían más nombres y que me darían tiempo para pensarlo.

Este tercer interrogatorio, físicamente fue el más duro, pero también intentaron machacarme psicológicamente. Me insultaban y me decían mentiras sobre mi familia. Entre ellas que mi aita estaba en la celda de al lado. Yo escuchaba gritos pero no reconocía la voz de mi aita. Y que mi ama estaba ingreada en el hospital.

A las 14:30 más o menos me llevaron otra vez a los calabozos. Me hicieron estar de pie de nuevo. Para comer me dieron un bocata de tortilla de patata, y no me dejaron comer sentado. Me tuvieron hora y media de pie, sin poder descansar y sintiendo cada más cansancio. Sobre las 16:00 de la tarde empezó el cuarto interrogatorio. De la puerta del lado del baño a la derecha, por los pasillos cortos y laberínticos, “lo estás haciendo muy bien, sigue así” me decían. Para cuando llegué a la sala de torturas, me repetía a mi cabeza “eres un trapo”. Me pusieron contra una esquina y empezó el interrogatorio. Yo era un muñeco de trapo. Estaba callado y quieto. Un guardia civil me decía que hablara mientras me pegaba golpes en la cabeza (creo que era Trancas), y otro de ellos, joven, me decía que estuviera callado: “no digas nada, aguanta” y me pusieron la bolsa en la cabeza. Fue la peor de todas. Perdí la fuerza de las piernas, y me caí al suelo. Me cogieron entre cuatro o cinco y me tumbaron en una gomaespuma. Tenía la bolsa bajada hasta el cuello pero no la estrujaban. Aún y todo el aire entraba de poco en poco y no me dejaba recuperar todo el aire que había perdido. La sensación de asfixia se intensificaba. Estando echado en la gomaespuma, me apretaron otra vez más la bolsa; de cada extremidad del cuerpo me estiraba una persona. Tenía a otro sentado encima de mi tripa. Y un último me estrujaba la bolsa. No me podía mover. Y de vez en cuando, el de encima de la tripa me ponía sus manos y su pecho encima de la cabeza, para tapar todos los accesos del aire. Cuando estaba a punto de ahogarme no sé de donde saqué las fuerzas y rompí tres o cuatro bolsas. En esos casos me daban golpes en la cabeza, pero prefería los golpes en la cabeza que la sensación de ahogo. Por medio de preguntas, fui creando y guardando en la cabeza su versión: que yo no era de ETA, que tampoco de EKIN: que en la universidad era de SEGI pero ahora no; que en Nafarroa no conocía estructura de SEGI y que estábamos trabajando para resurgir el movimiento juvenil; que mi aita me pidió que tomara parte en el debate de la Izquierda Abertzale (puesto que no había ningún participante joven)...

Como se puede ver, no hice ninguna grave declaración en mi contra (ellos también me lo decían), pero pronto empezaron a preguntarme por dos reuniones, una en Zizur y otra en la calle Estafeta del casco viejo de Iruñea. Querían que dijera que estuve allí y otros nombres de los que estuvieron allí (me tuve que aprender los que ellos me decían; y entendí que en vez de ir en contra mía, les interesaba más que dijera nombres y que declarara en contra de esas personas; inculpar a otras personas concretamente. Psicológicamente también me gritaban constantemente. La voz de estos guardias civiles era por el contrario más seria y me daba miedo (o por lo menos respeto). Me decían mensajes contradictorios, unos que hablara, otros que no, que aguantara (estos últimos, se reían y decían que se lo estaban pasando bien mientras me ahogaban). Intenté entender su punto de vista. ¿Cómo podían disfrutar provocando tanto sufrimiento? Me creí que las ganas de venganza y el odio los había cegado y deseé no vivir nunca su situación. Me decían que mi ama estaba en el hospital y que mi aita estaba en la celda de al lado llorando (“tendrías que ver cómo llora la nenaza de tu padre”) creían que con esas palabras me humillarían.

Hacia las seis de la tarde, me llevaron a rastras a la celda. “¿Qué te pasa?” “¿no puedes andar?” esta vez me trataron mejor: “¿ves como si hablas nos entendemos mejor...?”

En el calabozo, me tumbé en la cama y sin poder dormir, descansé un poco. Me asustaba con todos los ruidos y voces de los alrededores. Cuando se acercaban los pasos a mi celda, deseaba que fuesen a por otro antes que a por mí. De repente, en el calabozo de al lado empecé a oír unos lloros y reconocí la voz de mi aita. ¡No me lo podía creer! Sin duda era la voz de mi aita y lloraba de un modo incontrolado. Se me cayó el cielo encima.

Intenté afinar el oído para reconocer entre los nombres que mi hermano me había gritado por la mañana (que habían detenido conmigo) a quién de ellos podía pertenecer aquella voz. Le impuse a mi cabeza otra versión para evitar creer que mi aita podía estar allí.

Aproveché para ir al baño y beber agua. Una hora más tarde, de nuevo me pusieron el antifaz y me sacaron por la puerta de al lado del baño, pero esta vez en lugar de a la derecha, giramos a la izquierda. Empezamos a subir las escaleras que reconocía y me tranquilicé un poco. Como bien pensaba me llevaron al médico forense. De nuevo le conté todo lo que me habían hecho. Que el trato había emporado mucho y la presión de la cabeza se había intensificado. Que me había subido el vómito hasta la garganta, que había llegado un momento en el que no podía casi andar y que el subir y bajar escaleras era un esfuerzo grandísimo... Él me dijo que era miércoles y que eran las 20:00 de la tarde; y que igual pasaba el viernes ante el juez. Me llevaron al calabozo y a las 20:30 o así me trajeron un bocata de salchichón seco y un botellín de agua. De nuevo tuve problemas para abrir la boca, tenía las mejillas muy doloridas. Tenía la cara agorrotada. Después de cenar, dormí.

Hacia las 22:30 vinieron otra vez a por mí. Esta vez me llevaron tranquilo. Cuando fuimos de la puerta del lado del baño a la derecha se me aceleraron los latidos del corazón: “tranquilo lo estás haciendo muy bien”, “ahora vamos a preparar unas preguntas que luego te repetiremos arriba”. Al entrar en el cuarto, me preguntaron si me quería sentar, yo que sí. Estando sentado oía como estrujaban una bolsa de plástico. “no quieres volver a la situación anterior ¿no, Iker?” me amenazaban. Me repitieron una y otra vez las preguntas que anteriormente me habían hecho. Yo les contestaba lo aprendido. Cuando querían que concretara algo más, me bajaban la bolsa de plástico hasta la nariz y me repetían lo que tenía que decir: “¿las funciones de EKIN en esa reunión eran...? EXPONER y DE-FEN-DER su tesis...EXPONER y DE-FEN-DER” (para memorizar esa respuesta me imaginé una ex-po-si-ción de arte). Me amenazaban que volveríamos a las situaciones anteriores. Cuando habíamos repasado la declaración policial 5 o 6 veces, metieron en mis respuestas cosas nuevas; me hicieron aprenderme dos nuevos nombres. En este quinto interrogatorio, físicamente no me hicieron daño. Me controlaron psicológicamente (con la única sensación de sentir la bolsa en la cabeza)

Jueves, 20 de enero de 2011:

A las 00:00 o así, con la declaración bien aprendida, me llevaron a los calabozos. Me tumbé en la cama e intenté dormir, pero me empezó un grandísimo dolor en la pierna derecha y no pude dormir.

Hacia las 02:00, me pusieron de nuevo el sudado antifaz y por sexta vez me llevaron por la puerta de al lado del baño hacia la derecha. Me repitieron dos o tres veces las preguntas más complejas y me dijeron lo que tenía que hacer ese día entre amenazas. Me dijeron que las preguntas que había memorizado las tenía que responder ante un secretario, y que ya sabía que aún quedaba más de medio plazo de incomunicación. Yo una y otra vez hacia el cálculo. La incomunicación acababa el sábado y creyendo que el juez Marlasca no nos pasaría hasta el sábado por la tarde, nos quedaban por delante el jueves y el viernes. En ese sucio agujero de Madrid no llevaba más que un día y medio. El tiempo no pasaba en aquella horrible pesadilla. Me dejaron claro que conocían las vidas de mis familiares y amigos, y me creí que me tenían totalmente controlado.

Repetimos una y otra vez los nombres que querían que apareciesen en la declaración y sobre las 04:00 me condujeron al calabozo a dormir. “lo estás haciendo muy bien...”, “ya ves que si pones de tu parte, esto va mucho mejor”, “piénsate lo que vas a decir ahí arriba”.

Aunque intente dormir, el intenso dolor que tenía en la pierna derecha no me dejó. Cuando me movía un poco, el dolor me despertaba. Me acorde de mis familiares y amigos, y en la fría sala empecé a llorar. Aquellos pensamientos ,por lo menos me templaron la cabeza.

Al final el cansancio superó el dolor y conseguí dormir. Me desperté sobre las 09:30.

A las 10:00 me trajeron el desayuno: café con leche y magdalenas Martínez. Cuando termine el desayuno, me colocaron el antifaz y pensé que pasaría por el médico forense. Pero al salir de la puerta de al lado del baño en vez de ir a la izquierda fuimos a la derecha.

El séptimo interrogatorio, fue el repaso de la declaración que tenía que hacer. Aprovecharon para enseñarme una foto de mi compañera de piso y de una amiga de la cuadrilla. En “mi declaración” también me identificaron los nombres aprendidos mediante fotos, para que luego yo, hiciera lo mismo ante los secretarios. Me dijeron que arriba me harían una prueba de caligrafía.

Finalizado el repaso, me amenazaron que si arriba no decía lo mismo volveríamos a la situación del principio: “tú ten claro que después de la declaración vas a bajar otra vez aquí, y estarás en nuestras manos...”

Después, debatimos sobre la situación de Euskal Herria y de la apuesta tomada por la Izquierda Abertzale.

Me bajaron a la ciega y a los cinco minutos me llevaron con el médico forense. Le dije que el trato había mejorado, pero que no podía dormir por el dolor que tenía en la pierna, ni tampoco andar. Me comentó que era jueves, las 11:00 de la mañana y que me daría una pastilla para dormir (al final me dio dos una para quitar el dolor y la otra para proteger el estómago, puesto que me habían dado mal de comer).

Sobre las 14:30, me trajeron un bocadillo de chorizo. Después me introdujeron en una sala diferente y me comunicaron que haría la declaración en unos minutos. Que uno de ellos estaría conmigo y que según lo que dijera me tratarían mejor o peor al bajar. Que estaba en mis manos el volver a la situación del principio.

Sobre las 18:00, me introdujeron en una sala que estaba al lado de la del médico forense. “Ni se te ocurra girar la cabeza y mirar hacia atrás” me dijo el Guardia Civil que tenía detrás sentado. Aunque me habían quitado el antifaz antes de entrar a la sala, esa amenaza me asustó y no miré. Enfrente tenía dos hombres jóvenes. Mientras uno escribía en un ordenador el otro me leía las preguntas y se las repetía al “mecnógrafo”. Aunque tenía el “derecho de permanecer en silencio”, por miedo a volver a vivir todo lo vivido hasta la fecha, respondí todas las preguntas aprendidas. Identifiqué las fotos y copié un texto sin sentido en mayúscula y minúscula. Al finalizar, firmé todo.

A las 19:00 me bajaron a los calabozos. Para cenar me dieron un bollo de jamón york y queso.

Luego me llevaron ante el médico forense, y me dijo que habiendo hecho la declaración lo más seguro era que el viernes pasara ante el juez.

A las 22:30 tuve la “despedida” con la Guardia Civil. Me dijeron que la declaración estaba muy bien y que la petición para pasar ante el juez estaba hecha. Que estaba en mis manos el repetirle lo mismo al juez o no, pero que si lo repetía, lo más seguro era que me dejara en libertad.

A las 23:00 me llevaron al calabozo y dormí.

Viernes, 21 de enero de 2011:

Me levanté a las 08:00 de la mañana y desayuné (café con leche y magdalenas). Hacia las 09:00 cogí todas mis cosas, me pusieron las esposas y el antifaz y me llevaron al médico forense.

Por una puerta que estaba al lado me sacaron al parking (igual no era parking pero el furgón estaba allí), me metieron en el furgón y me condujeron a la Audiencia Nacional helado de frío. (Las camisetas que me quitaron el primer día se las dieron a otro detenido y me las dio en ingresos de Soto del Real). Después de pasar el día en la Audiencia Nacional, pasé por delante del juez (Marlasca), le conté los malos tratos recibidos, no respondí a sus preguntas y siguiendo el consejo del fiscal me mandó a la cárcel, dando por finalizada mi incomunicación.